

La pelea de los pueblos indígenas brasileros por su futuro

written by Nick Estes

September 21, 2021



Seis mil líderes indígenas de todo Brasil se reunieron en Brasilia del 22 al 27 de agosto en el campamento de Lucha por la Vida. Se cree que la manifestación es la mayor protesta indígena de la historia de Brasil.

El presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, otorgó una “nueva licencia” para el [asesinato](#) de indígenas en Brasil. Antes de llegar al poder en 2019, Bolsonaro no tenía claro lo que quería construir, pero sabía exactamente a quién y qué quería destruir: a los pueblos indígenas y a la selva amazónica, respectivamente.

“Bolsonaro atacó primero a una mujer, a la tierra, a nuestra madre”, me dijo la líder indígena Célia Xakriabá. “No tenemos más remedio que contraatacar”.

Desde que llegó a la presidencia, el ex capitán del Ejército - que trabajó para el último dictador militar del país -, ha liderado una guerra sin precedentes contra el medio ambiente y las personas que lo protegen. Una serie de leyes [anti-indígenas](#), la [escalada](#) de violencia, los asesinatos de indígenas defensores de la tierra y la [pandemia del COVID-19](#) han amenazado la existencia de los pueblos originarios de Brasil, la selva amazónica y el futuro del planeta.

Bajo la supervisión de Bolsonaro, se han deforestado unas 7.700 millas cuadradas ([20.000 kilómetros cuadrados](#)) de la Amazonía, sobre todo por los [incendios](#) provocados por la industria ganadera y maderera. La destrucción de la selva amazónica está empujando al bioma hacia un punto de inflexión irreversible en el que no podrá renovarse y hará que la Amazonia sea inhabitable para los pueblos indígenas.

Mientras tanto, en 2021, los científicos [descubrieron](#) que - por primera vez - la Amazonia ha emitido más CO₂ del que ha absorbido. El Amazonas, a menudo considerado el “[pulmón del planeta](#)” por el oxígeno que genera, parece estar muriendo más rápido de lo que crece.

Pero los pueblos indígenas, que llaman a esta selva su hogar, se niegan a desaparecer.

A finales de agosto de 2021 el polvo rojo subía, como humo, desde los pies de unas 6.000 personas indígenas que marchaban por el paseo principal que rodea el Tribunal Supremo, el Congreso y el palacio presidencial de Brasilia, la capital del país. Ciento setenta y seis grupos indígenas diferentes, procedentes de todas las regiones del país, llegaron al campamento de Luta pela Vida (Movimiento de Lucha por la Vida) para protestar contra su propia desaparición. Esta movilización indígena, la mayor de la historia, rompió el mito de inviolabilidad que rodea a las instituciones de poder que durante siglos han excluido a los indígenas o han buscado su desaparición.

“Necesitamos una unión de los pueblos indígenas”, me dijo Alessandra Munduruku, de la Asociación de Pueblos Indígenas de Brasil, conocida como APIB. “Nuestras vidas importan”.

Tienen una defensora en Joênia Wapichana, la primera mujer indígena abogada y miembro del Congreso. Ella reclama una “renovación política” de los derechos brasileños e indígenas. Y ha ayudado a encabezar el movimiento indígena a nivel nacional e internacional con la APIB.

La APIB es una poderosa herramienta de unión y organización para los pueblos indígenas del país. Los indígenas brasileños representan una pequeña fracción de la población de Brasil (unas 900.000 personas indígenas sobreviven hoy en día en un país de 211 millones de habitantes), pero poseen una profunda diversidad humana en lengua y cultura que no se ve en la mayoría de los países modernos. Y ahora están unidos en una causa común contra la beligerancia de Bolsonaro y las poderosas fuerzas que lo llevaron al poder.

El 9 de agosto, la APIB presentó una demanda en la Corte Penal Internacional

acusando a Bolsonaro de genocidio. Es la primera vez en la historia de la CPI que los pueblos indígenas del hemisferio occidental se defienden, con la ayuda de abogados indígenas, contra los crímenes de lesa humanidad en La Haya.

“Llevamos cientos de años luchando cada día para garantizar nuestra existencia y hoy nuestra lucha por los derechos es global”, dijo la directora ejecutiva de la APIB, Sonia Guajajara, [en un comunicado](#).

Una coalición de fuerzas de derecha que van desde los agronegocios, el lobby de las armas y los evangélicos - conocidos colectivamente como el bloque de “el toro, la bala y la biblia” en el parlamento - está respaldando el proyecto de Bolsonaro de destrucción de la Amazonía y su gente.

Los campos de soja (sobre todo para la alimentación animal) y los rebaños de ganado han sustituido a las exuberantes tierras forestales y a las comunidades rurales tradicionales. La mayor parte de los alimentos de Brasil se exporta, alimentando en gran medida los mercados de Estados Unidos y Europa. Y muchos indígenas culpan a empresas multinacionales como Cargill, la mayor empresa privada de Estados Unidos, por su papel en la [destrucción](#) del medio ambiente para producir soja.

Los terratenientes rurales, los madereros y los mineros aterrorizan y desalojan a las comunidades indígenas y tradicionales de sus tierras a golpe de pistola. La relajación de las leyes sobre armas y municiones ha llevado a un fuerte aumento de la propiedad de armas, especialmente entre los terratenientes rurales, lo que ha llevado a un posterior aumento de la violencia armada. Los gestos característicos de Bolsonaro con el dedo de la pistola [señalan](#) el apoyo a armar a su base.

Gran parte de esta influencia, incluidos los vínculos con las iglesias evangélicas, proviene de Estados Unidos, un país en el que Bolsonaro y sus partidarios buscan inspiración.

“Es una pena que la caballería brasileña no haya sido tan eficiente como la estadounidense, que exterminó a los indios”, se lamentó Bolsonaro [una vez](#).

“El exterminio indígena ya ocurrió en tu país [Estados Unidos]”, me dijo Munduruku. Ella ve un proceso similar desarrollándose en Brasil. Pero la conexión no termina ahí.

“Al ritmo que tu país [Estados Unidos] consume soja, contribuye a la destrucción de mi tierra”, añadió.

El último frente de esta embestida es el propio marco legal y político que protege los territorios indígenas: la Constitución brasileña de 1988. El Congreso brasileño ha estado [votando](#) una serie de proyectos de ley que podrían deshacer los derechos ganados con tanto esfuerzo, como la protección de los territorios indígenas, la concesión de inmunidad al acaparamiento ilegal de tierras y el sacrificio de las tierras indígenas para proyectos de infraestructura, minería y energía. Uno de estos proyectos de ley [autorizaría](#) al presidente a abandonar el Convenio 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales de 1989 de la Organización Internacional del Trabajo, un importante tratado internacional que protege a los pueblos indígenas y tribales.

Como mínimo, APIB y Luta pela Vida piden al Gobierno que respete sus propias leyes y su constitución. Por ello, un grupo de 150 indígenas [quemó](#) el 27 de agosto la efigie de un gran ataúd negro en la escalinata del Congreso de Brasil, que por los lados, llevaba rayados los nombres de los proyectos de ley que pretenden destruir. El mensaje era claro: los indígenas se niegan a ser quemados.

El 1 de septiembre, el Tribunal Supremo comenzó a [escuchar](#) los argumentos en un caso que podría permitir o impedir la usurpación de tierras ancestrales de los indígenas que fueron expulsados de sus territorios tras la ratificación de la Constitución de 1988. El 15 de septiembre, el Tribunal Supremo [suspendió](#) el caso sin fijar una fecha para volver a examinarlo. La APIB [afirma](#) que una sentencia

positiva para los indígenas resolvería inmediatamente cientos de conflictos de tierras en el país, y advierte que una sentencia negativa podría acelerar la violencia.

Lo que es importante considerar es que la democracia brasileña es frágil. Mientras las posibilidades de Bolsonaro de ser reelegido en 2022 se reducen, sus partidarios convocaron movilizaciones callejeras el 7 de septiembre para “iniciar un proceso de limpieza general en Brasil”. Los objetivos de la concentración fueron el Congreso, el Tribunal Supremo y la Embajada de China, y todo lucía como si los partidarios de Bolsonaro estuvieran tomando el ejemplo de sus homólogos estadounidenses, que irrumpieron en el Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero.

El 10 de agosto, el hijo de Bolsonaro, Eduardo Bolsonaro, compartió escenario con los partidarios de Trump en mi estado rural de Dakota del Sur, con la esperanza de poner en duda las elecciones de 2022 y atraer el apoyo internacional de la derecha. Se le unió Steve Bannon, quien calificó al ex líder de izquierda brasileño Luiz Inácio Lula da Silva como “el izquierdista más peligroso del mundo” porque su candidatura presidencial supone una gran amenaza de deshacer lo que Bolsonaro ha hecho durante su mandato presidencial en los últimos cuatro años.

La semana siguiente, en una ceremonia indígena, Sonia Guajajara designó a Lula como “guardián de los territorios”, un recordatorio de sus obligaciones con los pueblos indígenas y la Amazonía en caso de llegar a la presidencia.

El movimiento indígena va más allá de Brasil y su constitución. “Nuestra historia [indígena] no empieza en 1988”, era un lema popular en el campamento Luta pela Vida. Y la lucha indígena va más allá de la recuperación de días de bonanza imaginados que nunca existieron del todo para los indígenas.

“El futuro es ancestral”, me dijo Guajajara. Y pide que el mundo entero asuma, estos tiempos de terrible peligro, el liderazgo de los movimientos indígenas.

Este artículo fue producido para [Globetrotter](#). Nick Estes es ciudadano de la tribu Sioux, de Lower Brule. Es periodista, historiador y copresentador del podcast [Red Nation](#). Es autor de [Nuestra historia es el futuro: Standing Rock Versus the Dakota Access Pipeline, and the Long Tradition of Indigenous Resistance](#) (Verso, 2019).

